

TERCERA PARTE.

—+—+—
FRANCISCO PIZARRO.

I.

Ojeada retrospectiva.—Ojeda y Nicuesa.—Construcción de San Sebastian y de Nombre de Dios.—Nuñez de Balboa.—Descubrimiento del Océano Pacífico.—Pedrarias.—Destitución de Balboa.—Es arrestado.—Su proceso.—Su muerte.—Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Fernando de Luca.—Detalles acerca de Pizarro.—Triunvirato.—Una misa.—Partición de la hostia.—Sacrilégio.—Espedición para la conquista del Perú.—La tierra de Fuego.—Los vientos aliseos.

DESPUES de la muerte de Colon, muchos aventureros se lanzaron á seguir sus huellas, lisonjados con la esperanza de completar en el continente ame-

ricano los descubrimientos de aquel grande hombre. Hubo dos entre ellos, Ojeda y Nicuesa, que se encaminaron hácia el istmo de Darien, y perpetuaron su nombre con la fundacion de dos colonias: el primero fundó á San Sebastian, y el segundo á Nombre de Dios. En el momento en que Nicuesa desembarcó en este paraje, que halló muy á propósito para establecer una colonia, se volvió hácia sus compañeros exclamando: "Paremos aquí en nombre de Dios," y la colonia conservó este nombre.

Un oficial que Ojeda habia enviado á la isla Española, trajo consigo á un hombre que adquirió despues gran celebridad: llamábase Nuñez de Balboa y reunia mucho talento á un valor á toda prueba. Acusado en la Española de un crimen que no citan los historiadores, y queriendo librarse de la pena capital en que habia incurrido, se escondió dentro de un tonel, y así hizo que le llevasen á bordo del navío enviado por Ojeda. Consiguió burlar la vigilancia del mismo capitán, á quien habian prohibido admitir á bordo ningun criminal. Balboa no salió de su estrecho escondite hasta algunos dias despues de haberse embarcado y cuando el buque se hallaba á mas de cien cien leguas de la isla Española. El capitán le amenazó con que le dejaria en la primera isla desierta que encontrase al paso; pero las vivas instancias de la tripulacion en favor del fugitivo, aplacaron por fin al capitán y Balboa desembarcó en el Darien.

No tardó en distinguirse por su actividad, su in-

teligencia y su resolucion: él fué quien aconsejó el establecimiento de una colonia á la embocadura del rio de Darien, y en un terreno conquistado á las márgenes de este rio. Esta colonia fué llamada Santa María la Antigua del Darien; aunque hoy dia se designa solo con el nombre de Santa María. Los compañeros de Balboa reconociendo su mérito, le eligieron comandante: emprendedor y ambicioso, quiso distinguirse con algunos descubrimientos importantes, y explorando las comarcas vecinas, hizo alianza con muchos caciques, sometiendo á los que opusieron resistencia á sus invasiones.

El paso al través del estrecho istmo de Darien presentaba obstáculos casi insuperables. Una cadena de altas montañas, enlazadas con las cordilleras ó Andes, que se estienden á lo largo de la América, protegen este istmo contra el choque de los dos mares, y estas montañas se hallaban cubiertas de bosques tan espesos, que parecia imposible abrirse paso. La lluvia que no cesa de caer durante nueve meses del año, trasforma en lagos ó pantanos impenetrables los valles que dividen las montañas; así es que bajo la influencia de esta humedad que hace tan insalubre aquella morada, se multiplican las serpientes, las víboras, los sapos, los lagartos y muchísimas variedades de insectos.

Estas dificultades no arredraron al temerario jefe de los aventureros españoles. Hacia veinticinco dias que disputaban éstos su existencia al hambre, á la sed, al frio y calor, siguiendo un ca-

mino practicable apenas á los animales feroces, y sin embargo, no habian andado mas terreno del que andaria en seis dias un hombre marchando al paso ordinario por un camino real. Ya empezaban á desconfiar de los resultados, cuando llegaron por fin al pié de una alta montaña, desde cuya cumbre se debía descubrir el nuevo Océano, segun aseguraba el hijo del cacique Komagre, y este jóven indio no les habia engañado.

Balboa quiso tener él solo el honor de un descubrimiento tan importante, y fué el primero á trepar por la montaña, mientras que sus compañeros le seguian con sus inquietas miradas: llegó así á la cumbre, donde se hincó repentinamente de rodillas, levantando sus manos al cielo. Al ver esta accion, los españoles que comprendian la causa del éstasis de Balboa, acuden á unirse con él y gozar el magnífico espectáculo que el Océano presenta á sus ojos asombrados. A ejemplo de su jefe, se arrodillan tambien y dan gracias al cielo por la felicidad y la gloria que acaba de concederles.

El jefe español se apresuró á tomar posesion en nombre del rey de España, su señor, de aquellas dilatadas comarcas y del mar del Sur que baña sus costas.

Apenas se habia alejado de la orilla, cuando un terrible huracan alborotó las olas, y poco faltó para que las canoas fuesen sumergidas. Los indios mismos, aunque familiarizados con aquellos peligros, quedaron atemorizados; pero como el riesgo

era urgente saltaron al agua y ataron las canoas de dos en dos, con lo que se pudo evitar que se fuesen á pique. Al fin los españoles pudieron llegar á una isla formada de peñascos; pero un nuevo peligro les esperaba en aquel lugar, donde esperaban haber encontrado un asilo seguro: la isla entera quedó inundada en la hora del reflujo. Balboa y sus infelices compañeros tuvieron que pasar la noche con el agua hasta la cintura, y temiendo el quedar todos sumergidos con la elevacion de la marea. Así que amaneció quisieron volverse á embarcar; pero habia algunas canoas enteramente hechas pedazos, y otras tan averiadas que no podian sostenerse en el mar. En cuanto á las provisiones y efectos de los españoles, todo se lo habia llevado el agua.

Muriéndose de hambre y de frio y estenuados de cansancio, se veian condenados á perecer sobre aquella roca estéril: felizmente encontraron algunos arbolitos, y arrancándoles la corteza, todavia tierna, la mascaron mezclada con algunas yerbas, sirviéndose de la misma mezcla para tapar las rejjas y agujeros de las canoas que habian padecido menos. En semejantes barcas se atrevieron á aventurarse en el mar, y precedidos de los indios que iban nadando delante de ellos, llegaron por fin á la costa. Se refugiaron al territorio de un cacique, que en lugar de proporcionarles víveres, conforme habian prometido los indios, acudió con una toopa de naturales armados para atacarlos,

No esperaron los españoles el ataque, sino que acompañados de los perros, tan hambrientos como ellos, cayeron sobre los indios, matando á muchos, ahuyentando á los demás, y dejando mal herido al cacique. Esta victoria de los españoles decidió al enemigo á implorar la paz.

Entre todos los compañeros de Balboa, el que se distinguió mas por su intrepidez y la energía de su carácter, fué FRANCISCO PIZARRO, á quien veremos bien pronto aparecer en la escena, aunque no con un papel subalterno.

Apenas volvió Balboa á Santa María, cuando envió á España un comisionado que anunciase al rey Fernando el descubrimiento del mar del Sur, y le presentase la parte que tocaba á la corona del oro y perlas que se habian recogido en esta expedición. El rey Fernando quedó al principio muy gozoso con tal noticia; pero despues desconfió de Balboa y envió para que le reemplazase en Santa María, otro gobernador con la comision de acabar prontamente lo que el primero habia comenzado. Este acto de palpable injusticia debia tener las consecuencias mas funestas para Balboa.

El nuevo gobernador del Darien se llamaba Pedrarias, pertenecia á una de las familias mas nobles de España, y tenia los modales propios de su nacimiento; pero era intrigante, hipócrita y envidioso. El gobierno español puso á su disposicion quince navíos y mil doscientos hombres, siendo muchísimos los caballeros que quisieron participar de los pe-

ligros y la gloria de la expedición. Este era el armamento mas considerable que el rey Fernando habia costeadó.

Así que entró la flota en el estrecho de Darien, Pedrarias envió á tierra un mensajero que anunciase á Balboa su destitucion y llegada del nuevo gobernador. Creíase que indignado aquel por la afrenta con que el rey pagaba sus servicios, desobedecería sus órdenes y trataría de mantenerse á fuerza de armas en el puesto que ocupaba. Creíase tambien que el gobernador viviria rodeado de fausto y ostentacion, ejerciendo sus funciones con la solemnidad que convenia al representante de un poderoso monarca; pero cuál fué la sorpresa del enviado de Pedrarias, cuando se encontró un hombre cubierto con un grosero vestido de algodón, con zapatos de esterilla y muy afanado en componer su miserable choza de cañas!

Este hombre era Balboa, el gobernador de Santa María: no titubeó en declarar que estaba pronto á someterse á las órdenes de su soberano. En vano sus soldados, que pasaban de cuatrocientos hombres, todos aguerridos, hicieron vivas instancias al gobernador para que se pusiese á su cabeza y defendiese sus derechos con espada en mano: él persistió en su resolucion, y cuando desembarcó Pedrarias fué á rendirle homenaje, protestando su obediencia y su lealtad.

El primer acto del nuevo gobernador fué imponer una multa muy considerable á Balboa, para cas-

tigarle por haber usurpado estas funciones. Además, queriendo deshacerse á toda costa de un rival peligroso, cuyos talentos escitaban su envidia, le hizo comparecer ante un tribunal cuyos jueces estaban vendidos al gobernador, y se le declaró complicado y convicto de conspiracion contra la persona del rey y su delegado, y á pesar de las lágrimas y ruegos de toda la colonia, hasta de los mismos jueces, que expiaban ya con sus remordimientos una sentencia tan infame, el implacable Pedrarias hizo decapitar á Balboa en la plaza principal de Santa María.

Entre los españoles que se habian establecido con Pedrarias en Panamá, habia tres hombres que iban pronto á hacerse muy célebres. El primero se llamaba Francisco Pizarro, el segundo Diego de Almagro, y el tercero Fernando de Luca: este último era un sacerdote que se habia enriquecido en Santa María.

Francisco Pizarro habia nacido en el año de 1475 en Trujillo de Estremadura, y era hijo natural de un caballero español y una cortesana. Su niñez se pasó en las groseras ocupaciones del campo, donde guardaba los ganados. Privado de educacion y avergonzándose del género de vida á que condenaban su juventud, sentó plaza de soldado. Este oficio presentaba en Europa poco aliciente á su ambicion, y se embarcó para América, animado con el ejemplo de tantos aventureros como allí se habian enriquecido. Acompañó á Balboa en su peligrosa

espedicion, distinguiéndose de tal modo, que á pesar de sus escasos conocimientos obtuvo el grado de oficial. El vigor de su constitucion igualaba á su valor y á la energía de su carácter. El primero en el puesto del peligro, vigilante, aplicado, habia comprendido la necesidad de suplir los conocimientos que le faltaban, y bien pronto hizo ver que el antiguo guarda de cerdos era muy digno del mando.

Estos tres hombres se asociaron para dirigir una expedicion al Perú. Cada uno de ellos se ofreció á contribuir con cuanto tenia para los gastos del armamento. Pizarro, menos rico que sus asociados, se encargó de dirigir y mandar la expedicion; Almagro prometió llevarle de tiempo en tiempo refuerzos, víveres y municiones de guerra. En cuanto á Fernando de Luca, mas astuto é inteligente que sus compañeros, debia quedarse en Panamá, para conservar las buenas disposiciones de Pedrarias y velar por los intereses de la asociacion.

Quando Luca consiguió que el gobernador aprobase la expedicion, fué á la iglesia con sus dos compañeros y celebró una misa. Despues de haber consagrado la hostia, la partió en tres pedazos, comulgando él con uno, y dando los otros dos á los cómplices de aquel sacrilegio, porque bien merece este nombre un acto que tenia por objeto la muerte y la desolacion.

Un solo navío y ciento doce hombre de equipaje eran las fuerzas con que Pizarro se proponia conquistar el mayor imperio del mundo. Levó ánco-

ras en el golfo de Panamá, dirigiéndose al Sur; pero se hizo á la vela en la estación menos á propósito, y los vientos periódicos le eran contrarios.

Natural era que Pizarro, privado de conocimientos especiales y positivos, hallase grandes obstáculos: queria dirigirse hácia el Sur, mientras que los vientos soplaban directamente al Norte.

Después de una navegación de setenta días, después de una lucha peligrosa contra las olas y los vientos contrarios, apenas habia pasado de la isla de las Perlas, situada en el centro del gran golfo de Panamá.



Apuros de Pizarro y de sus compañeros.—Desembarco en las costas de Quito.—Huracanes, temblores de tierra.—Rebelion de Pizarro.—Sus catorce compañeros.—La isla Gorgona.—Llegada de un navio.—Desembarco en Tumbes.—Los peruanos.—El guanaco.—Pizarro en Madrid.—Vuelve al Perú.—Incursiones de los españoles.—El rio de las Esmeraldas.—Los incas.—Religion de los peruanos.—Las virgenes del Sol.—Legislacion peruana.—Usos y costumbres.—El noviciado de los soberanos.—Huana Capac.—Sus dos hijos.

Los diversos parajes donde abordó Pizarro, debian inspirar un profundo desaliento á este jefe y sus compañeros: no encontraban por todas partes